

## Jueves II de Pascua



11 de abril de 2024

Hech 5, 27-33

Sal 33

Jn 3,31-36

P. Eduardo Suanzes, msps

El Gran Consejo o Sanedrín<sup>1</sup> era la suprema autoridad administrativa y judicial para los judíos de aquel tiempo. Ahora bien, del Sanedrín eran miembros tres grupos de personas: los «sacerdotes» jefes (la aristocracia sacerdotal), los «ancianos» (la nobleza laica) y los «escribas». El poder de los escribas radicaba en el saber, puesto que eran los que interpretaban autoritativamente la Escritura. La importancia de los ancianos estaba en que, junto con los sacerdotes jefes, eran «los primeros de la ciudad», «los jefes del pueblo», «los notables», «los poderosos», «los poderosos y los notables del pueblo». Por tanto, sumos sacerdotes, ancianos y escribas eran los tres grupos que acaparaban el poder en la sociedad en que vivió Jesús. Pues bien los apóstoles, en la primera lectura, son llevados, otra vez, ante este Gran Consejo.

Lo que rezuma en la advertencia del sumo sacerdote, es miedo<sup>2</sup>: «—ustedes han llenado Jerusalén de sus enseñanzas y quieren hacernos responsables de la sangre de ese hombre». Y es que seguramente se están acordando de aquello que gritaron ante Pilato: « ¡—caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!»<sup>3</sup>

Pero aparte de este miedo está el miedo producido por el desafío a su autoridad de que una comunidad de andrajosos y de don-nadies estuviera llenando el Templo con entusiasmo alrededor de los apóstoles y escuchando atentamente su predicación. Ellos, la autoridad oficial, están siendo desafiados por unos parias que, además, se muestran ante ellos con el desparpajo de *hombres libres*: no solo porque previamente habían sido liberados de la cárcel por un ángel, sino porque, sobre todo, se ven movidos por el Espíritu de Dios.

« ¿Acaso no les prohibimos estrictamente enseñar en ese nombre<sup>4</sup>? [...] Ustedes nos quieren hacer responsables de la sangre de ese hombre». El Sumo Sacerdote (Caifás) naturalmente sabe que se trata de Jesús, pero explícitamente evita mencionar su nombre, no quiere hacerlo. Es evidente que se trata de una manifestación de desprecio, pero también de cobardía. Qué pronto se había olvidado de que fue él, como queda registrado, el que dijo que era necesario que un hombre debía morir por el pueblo; qué pronto se olvidó que fue él quien en ese mismo Consejo conjuró a Jesús que le dijera si él era el Mesías, el hijo de

---

<sup>1</sup> JOSÉ M<sup>a</sup> CASTILLO. *Espiritualidad para insatisfechos*. Ed. Trotta. Madrid 2007

<sup>2</sup> Cfr. JOSEPH KÜRZINGER. *Los Hechos de los Apóstoles I*. Colección *El Nuevo Testamento y su mensaje. Comentario para la lectura espiritual*. Ed. Herder. Barcelona 1974

<sup>3</sup> Mt 27,25

<sup>4</sup> Aquí la liturgia no nos ayuda, pues en el texto en griego el sumo sacerdote evita mencionar explícitamente el nombre de Jesús. La liturgia nos presenta el texto: «¿acaso no les prohibimos enseñar en nombre de ese Jesús?» No dice exactamente eso.

Dios y ante la respuesta de Jesús exclamó aquello de « *¿qué les parece?*»; a lo que el Consejo respondió «*es reo de muerte*».

«Ustedes, miembros del Consejo, podrán alegar toda la autoridad legal que quieran, pero —¿qué le vamos a hacer?—, nosotros debemos obedecer al Espíritu, a Dios», les dicen Pedro y los Apóstoles.

Fíjense que aquí hay dos escenarios: por un lado el escenario del poder político, social y administrativo, del poder religioso, es decir el escenario del que controla, ¡con miedo y cobardía!; y por otro el escenario de los parias, de los desposeídos, de los que nada cuentan, con una sensación de libertad y valentía que antes no habían conocido. ¡Es paradójico! Debería ser al revés. Parece que las tornas han cambiado. ¿Qué es lo que ha sucedido? Tenemos, por un lado la obstinada resistencia, el miedo y la cobardía, y por otro la entrega y el dejarse hacer por el Espíritu, la libertad y la valentía.

No hay que irse muy lejos en el tiempo ni en el espacio para darnos de bruces con esa escena del Sanedrín. Esa escena la conocemos muy bien dentro de nosotros mismos. Por un lado, otra vez, el mundo que controlamos, del cual somos los dueños. Un mundo que no queremos que cambie porque es movido por mis propios juicios. Un mundo que se siente amenazado por Jesús, por el Espíritu, por ese viento que no sabemos ni de dónde viene ni hacia dónde va. La libertad me asusta porque hace saltar por los aires los pasos fronterizos bien delimitados que he establecido en mis relaciones interpersonales y en mis relaciones con Dios. Quién pasa y quién no pasa está establecido a mi conveniencia, y el Evangelio, ¡ay!, no sabe nada de fronteras ni de espacios prohibidos. El evangelio es vivir a la intemperie, a expensas de qué es lo que suscite el Espíritu, cómo y cuándo lo haga.

Se trata, como dice Jesús en el evangelio a Nicodemo, de pertenecer a la tierra o pertenecer a lo alto: la diferencia de ser uno u otro está en haber recibido el Espíritu sin medida. Ése que ahora esperamos en Pentecostés. Otra vez Pentecostés. ¿Me dejaré invadir por el Espíritu esta vez? ¿Pertenezeré al Consejo del Sanedrín o por el contrario preferiré convertirme en un paria, en un donnadie, pero libre y valiente y, por lo tanto, feliz?

Todo, dice Jesús, lo ha puesto el Padre en sus manos, todo. Y ese *todo* se me da, se me regala como don. Nada podré hacer para merecerlo, nadie lo merece, porque el Espíritu Santo es puro Don.